



## PEDRO II Y DOLGOROUKI.

LLEGÓ el 8 de febrero del año de 1725, y en aquel día tenía un aspecto extraño, no acostumbrado, la ciudad de San Petersburgo, poco antes nacida de la voluntad y del genio de Pedro el Grande, y convertida desde el mismo día de su nacimiento en la capital de la Rusia. La mayor parte de las tiendas del barrio del comercio estaban todavía cerradas, aunque los relojes hacia mucho que habían dado las diez de la mañana. En las calles, por las plazas, por todas partes, en fin, una multitud inmensa, á pesar del frío tan fuerte de la estación, circulaba inquieta, ajitada, con gran rumor. Los que se encontraban unos con otros se

saludaban solo con estas palabras, repetidas en todas direcciones: «tiene V. algunas noticias?» Pero nadie respondía de una manera satisfactoria á esta pregunta. Si no obstante acontecía que alguno pareciese mas instruido sobre lo que estaba sucediendo en el momento, un grupo numeroso se formaba en el momento al rededor de él; y desde el centro de ese grupo salían voces, y la conversacion se hacia ruidosa y animada; luego se calmaba por sí misma, y el profundo silencio que la sucedía indicaba bastante la expectativa y la inquietud de la multitud.

Sobre todo, en la circunferencia del palacio de los Czares era donde las gentes se apresuraban mas, y los grupos eran mas numerosos. Allí, cada cual con los ojos fijos en el palacio, procuraba adivinar lo que pasaba en el interior; mas la habitacion imperial en sosiego, é imponente como de ordinario, no dejaba transpirar nada por fuera de la crisis que se agitaba dentro. Sin embargo, rumores vagos pasaban de boca en boca; se decía muy de quedo que el ministro omnipotente, que Menciocoff estaba á punto de caer en desgracia. Este rumor habia ya existido la víspera; mas hé ahí que hoy otro mas extraño habia recorrido los grupos: el emperador está agonizando!

A pesar del silencio que los empleados de palacio guardaban sobre todo esto, los rumores tomaban consistencia, y parecia cierto que se habia trabado una gran lucha. Pedro el Grande luchaba con la muerte, y Menciocoff con la fortuna que la víspera parecia dispuesta á abandonarle. ¿Cuál de los dos debía salir victorioso de la lucha? Eso era lo que la multitud, agitada por las calles y las plazas, esperaba con tanta ansiedad; porque se sabia que si el emperador llegaba á sucumbir, el nuevo Czar, demasiado feliz de poderse auxiliar con la fuerza de Menciocoff, restablecería al ministro en el mas alto grado de poder.

En tanto que se esperaba así el desenlace de este drama, un niño que el superior interés que ocupaba entonces á la multitud habia impedido se fijase en él la atencion, aunque pertenecía á una de las familias mas nobles de la Rusia, entró en el palacio, y se dirigió hácia una parte aislada del edificio. Subió algunos escalones, y despues de haber llamado á una puerta que se encontraba á su paso, esperó algunos instantes. En breve vinieron á abrirle, y fué introducido en una cámara ocupada por otro niño, que podia tener entonces de diez á once años. Cuando entró su compañero, este último se levantó de pronto, se adelantó corriendo hácia él, lo abrazó con todas las señales de la alegría mas viva, mientras que el otro le devolvía sus caricias con cierto respeto á que no estaba acostumbrado. El jóven que moraba en aquella sala del palacio, parecia admirado.

—Qué tienes? le dijo, ¿qué significa esa gravedad y esa frialdad para mí desconocida?.... no eres ya mi compañero, Dolgo-





rouki? no eres ya mi amigo..... es posible que esos dos días pasados lejos de mí te hayan mudado hasta tal punto? qué es lo que quiere decir esto?

—Esto quiere decir, monseñor, respondió el jóven Dolgorouki, afectando siempre el mismo tono respetuoso, esto quiere decir que las cosas han cambiado, no yo; que podía ser el compañero, el amigo libre y sin encogimiento del hijo del desgraciado Czar Owitz Alexis; pero que no me atrevo á serlo del que dentro de pocas horas llevará el título de Czar.

—De Czar!.... no te comprendo..... Qué pasa?.... habla..... pero habla pues.... bien sabes que en este rincón aislado del palacio vivo en la ignorancia de todo lo que sucede.

—El emperador, tu abuelo, está á la muerte, respondió al instante Dolgorouki, dejándose llevar de su familiaridad habitual.

—El emperador, mi abuelo? replicó el niño con voz débil.

Y una palidez extraordinaria se esparció sobre sus facciones tan animadas poco hacia, porque se le había de pronto recordado el suplicio de su padre Alexis Petrowith, decapitado por orden del Czar como cómplice de una conspiración; y como siempre el temor se había apoderado de él á esta sola palabra: el emperador! Dolgorouki se apresuró á tranquilizarlo.

—No temas nada en este momento, Pedro, le dijo; te traigo buenas noticias. Mi padre me ha llamado esta mañana, y me ha instruido de muchas cosas que te causarán gran placer.

—¿Y bien qué? preguntó Pedró un poco tranquilizado, y abriendo tantos ojos.

—Primero, cuando entré en el cuarto de mi padre, le encontré con un semblante de triunfo que nunca le había notado, y apenas me ha visto, ha exclamado: saludo al compañero del nuevo Czar! Despues me ha abrazado con un cariño que me hizo llorar de placer. Sin embargo, yo estaba como tú hace poco, nada comprendía. Entonces me ha explicado que los médicos habían declarado que la enfermedad del emperador era incurable, y que lo conduciría en breve al sepulcro.

Una lágrima se vió brillar en los ojos del jóven príncipe.

—Tú lloras, añadió Dolgorouki; pero piensa no obstante en tu padre muerto sobre el cadalso; piensa en esta vil habitacion en la que se te tiene encerrado.

—Sí, el emperador ha sido para mí bien malévolos y severo; pero era mi abuelo....

—Sea así, pues.... llóralo.... Pero escucha lo que añadió mi padre. «Muerto el emperador, me dijo, paseándose en su departamento, sé bien que habrá partidarios que se conmuevan en favor de Catalina; mas el Senado, mas todos los votos de la multitud han designado á Pedro II para subir al trono de todas las Rusias. Vé, pues, y prevenle que no pasarán dos días sin que

:

sea proclamado Czar. Entonces cesarán para él la opresion, y la permanencia en la cámara en que se le retiene como en prision!.... Toda libertad! toda suerte de placeres! Siempre festejos, siempre alegría!» Vé aquí como estando contento con esta feliz noticia para tí, para mi amigo, llegué, con todo, aquí con aire mas respetuoso, porque me decia: luego que sea mi soberano querrá todavía que sea su amigo?....

— Oh! siempre! siempre! exclamó Pedro con entusiasmo.

Su dolor se habia olvidado, y habia enjugado sus lágrimas, porque verdaderamente podia concebirse que no amase mucho á aquel que le habia privado tan cruelmente de su padre; y además la idea de su nueva posicion se presentaba á su espíritu bajo colores tan grandiosos, que no pudo contener su alegría.

— Siempre mi compañero como antes, repitió cojiendo la mano de su amigo, ¿no has participado tú de mis tristes juegos cuando estaba encerrado en esta ruin habitacion? Es, pues, justo que seas tambien el compañero de mis placeres cuando esté libre.

— Y de tus trabajos tambien, Pedro, exclamó Dolgorouki, cuya jóven imaginacion soñaba ya con batallas, y de tus guerras cuando vayas á combatir los enemigos de la Rusia. Será menester que yo esté tambien allí cerca de tí para pelear á tu lado, y morir en tu defensa.

— Sí, siempre el uno cerca del otro. Oh! qué felices seremos!... pero piensa en nuestros festejos.... en esas buenas comidas que te daré en mi palacio, porque yo tendré un palacio, no es verdad?

— Sin duda!

— Y despues tendremos..... el niño se detuvo de pronto; un ruido extraordinario se sentía en el patio, y rumores confusos llenaban el aire, que desde la plaza llegaban hasta sus oidos.

— Qué ruido es ese? preguntó un poco asustado. Mira lo que es.

Dolgorouki se acercó á la ventana.

— No sé lo que significa todo eso, le dijo; pero todos los regimientos de la guardia estan formados delante del palacio.

Pedro vino á colocarse junto á su amigo, y los dos miraron, tratando de comprender lo que pasaba á su vista.

Sin embargo, como lo habia dicho Dolgorouki, todos los regimientos de la guardia estaban formados delante del palacio, y Mencicoff recorria sus filas distribuyendo oro y promesas, parándose á cada instante, hablando á los soldados en el lenguaje de los soldados. A cada uno de estos discursos se respondia con gritos de entusiasmo por todas partes. La multitud, contenida á mucha distancia por las tropas, no conocia todavía la solucion de todo esto, y mostraba con vocerío su impaciencia. Sin embargo, parecia cierto que habia llegado el momento en que todo aquel misterio iba á descubrirse, y en que el pueblo sería ins-



truido de lo que mostraba tanta inquietud por saber. De pronto una voz, que no se sabe de donde salió, pronunció estas palabras: «El emperador ha muerto,» y en poco tiempo, llevada la noticia de grupo en grupo, llegó hasta el mas remoto. Despues se advierte una grande agitacion en los guardias, miles de voces proclaman la elevacion de la viuda del Czar, y confirman esta eleccion con el grito, mil veces repetido por los soldados, de *Viva Catalina I, emperatriz de todas las Rusias!*

La multitud que habia poco designaba todavía á Pedro II por heredero de Pedro el Grande; la multitud que, como en cualquiera otro pais, grita siempre cuando oye gritar; la multitud arrebatada, repitió: *viva Catalina I.* El Senado sorprendido de este gran poder de Mencicoff, que solo con su esfuerzo habia decidido la elevacion de la Czarina; el Senado, sintiéndose demasiado débil para comprometer una lucha, repitió tambien: *viva Catalina I!*

Estas voces llegaron hasta los dos niños que hemos dejado con la cara pegada á las vidrieras, y procurando adivinar lo que pasaba. Pedro fué el primero que las oyó claramente entre el rumor.

—Qué es lo que dicen? preguntó á Dolgorouki.... Viva Catalina I.... Luego no soy yo el que será proclamado Czar?

—Mi padre nos ha engañado! dijo Dolgorouki sorprendido, ó mas bien él mismo se ha engañado: mi pobre Pedro! añadió con las lágrimas en los ojos.

—Esperaba, sin embargo con fundamento, pasar de esta indecente habitacion á otra mas agradable en este palacio! dijo Pedro con semblante triste. —Vamos, es preciso permanecer todavía aquí.... Pero tú vendrás como otras veces á participar conmigo de mi soledad?

—Siempre!.... pero esperaba mejor resultado.

Los dos niños se abrazaron silenciosos, y Dolgorouki salió, prometiendo volver pronto.

Algunos días despues, el Senado reunido habia solemnemente reconocido la eleccion de Catalina.

Veinte y siete meses despues encontramos á estos dos niños en una casa de campo á dos leguas de San Petersburgo. Los dos tan unidos uno á otro, unidos con tan estrecha amistad, y sin embargo con esta diferencia, que el mas jóven es emperador con el nombre de Pedro II.

Consistía en que las cosas habian cambiado mucho de semblante durante estos veinte y siete meses. Primero el omnipotente Mencicoff habia visto á su fortuna tomar un aumento tan grande, que, como dice un historiador, podia ir desde Riga en Libonia hasta Derbeut en Persia sin dormir una sola noche fuera de sus tierras. Mas en breve, el ministro, notando que la salud

de la Czarina se debilitaba de día en día, aunque no tenía entonces mas que treinta y nueve años, había pensado buscar seguridad en su sucesor en caso que ella muriese; y para esto había puesto los ojos en el joven que se educaba retirado en ignorado rincón del palacio. Había manifestado algun interés al joven príncipe, y cuando había visto que la Czarina se acercaba á la agonía, había hecho por Pedro II lo que poco antes por Catalina, se había ganado las tropas. Así, luego que se supo la muerte de la Emperatriz, Pedro II fué proclamado, y todos pudieron creer que se debía á los cuidados de Mencicoff. Esta política diestra le había conservado su poder, y lo habría aumentado tambien si esto fuese posible.

Sin embargo, el joven príncipe solo era emperador en el nombre, y despues que estaba revestido de la dignidad imperial, no había conseguido mas que un cambio de reclusion, ó mas bien de prision. El ministro, mas emperador mil veces que aquel que llevaba el título vano, había desposado su hija con el joven Czar, y despues de los esponsales había relegado á Pedro á una casa de campo, donde lo guardaba con cuidado.

Con todo, sea imprevision de su parte, sea que creyese realmente que no tenía nada que temer de un niño, el ministro había permitido al joven Dolgorouki continuar sus visitas, y aun su mansion cerca del Czar. El compañero del príncipe podía, pues, entrar en la casa de recreo, ó salir de ella á cualquiera hora, sin que tan solo se pusiese atencion en sus pasos.

Las cosas estaban en este estado cuando volvemos á encontrar á los dos amigos.

Despues de quince dias pasados al lado de su padre, Dolgorouki hace pocos instantes ha regresado cerca del Czar, que empezaba á hallar bien larga la ausencia de su compañero. No os pintaré la alegría de los dos niños cuando se volvieron á ver; una hora se pasó en efusiones de amistad, mezcladas de palabras sueltas y preguntas prontas y tan repentinas, que todas quedaban sin respuesta. Sin embargo, todo debe tener un término; esta grande alegría vino á moderarse, y la conversacion tomó un giro mas sentido.

—Oh! si yo no fuese un Czar *de burlas*, decia Pedro, quisiera que hubiese hoy un festejo en mi palacio, tan dichoso soy en volverte á ver.... Pero qué has hecho? has visto á tu padre? qué pasa en San Petersburgo?

—He visto á mi padre. En cuanto á lo que pasa en San Petersburgo..... se suscitan quejas contra el ministro que te tiene así retirado de la corte; se dice, con reserva, que se desearia verte regresar; pero nadie se atreve á intentar nada para arrancarte de las manos del ambicioso Mencicoff. Y sin embargo tú eres emperador!



—Sí, soy emperador! respondió Pedro despues de algun silencio.

—Y tú tienes trece años, Pedro, y tú no haces nada para sustraerte á tu esclavitud?

—¿Qué quieres tú que haga? Cuando veo al ministro tengo miedo; tiemblo delante de él como un niño perezoso que no ha aprendido la leccion tiembla delante de su preceptor.

—Un Czar que teme las disciplinas ó la palmeta! respondió Dolgorouki con cierta expresion burlesca.

—Dolgorouki! exclamó el jóven principe poniéndose encarnado como la grana.

—Y bien qué? replicó Dolgorouki como impulsado, quieres impedirme reir al pensar que el que llaman Pedro II, que decoran con el título pomposo de emperador de todas las Rusias, no es dueño de salir solo de esta casa si le agrada? ¿No es ridiculo ver el soberano de un imperio mas esclavo que el último de los siervos de mi padre?..... Mira! tú te acuerdas cuando se nos hizo leer la historia de los reyes de Francia, el desprecio que hemos mostrado respecto á algunos de esos reyes que se llamaban holgazanes.... Pues bien....

Dolgorouki se detuvo, porque acababa de fijar los ojos en su amigo, y viendo la contraccion de su cara, y las dos gruesas lágrimas que corrian por sus mejillas, comprendió que habia ido demasiado lejos.

—Pues bien!... dijo Pedro haciendo un esfuerzo.

—Dolgorouki calló y bajó la cabeza; estaba lleno de pena por la mortificacion que habia causado al jóven principe.

—Oh! eso no está bien! añadió este último, que no fué dueño de contener sus lágrimas; tú te burlas de mí.... tú! mi amigo!

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales Dolgorouki procuró, con caricias, enjugar las lágrimas que sus palabras habian hecho derramar. Sus esfuerzos triunfaron, y muy pronto el sentimiento del Czar se templó en presencia de la amistad que le probaba su jóven compañero.

—Oh! tú has sido bien maligno, respondió Pedro despues de algunos instantes.

—Es que yo deseaba verte libre y feliz: recuerda los bellos proyectos que hacíamos habrá dos años. Cuando yo sea Czar, decias tú, nada de etiqueta, siempre fiestas en mi palacio, siempre mi amigo á mi lado para participar de mis trabajos y mis placeres, siempre felicidad y alegría.... Y bien! ya eres emperador, ¿en qué han venido á parar los hermosos sueños que habíamos tenido?.... Ni aun siquiera tenemos libertad!

—Es verdad, respondió Pedro quedándose pensativo.

—Y sin embargo, si tú quisieras!.... añadió Dolgorouki, cuya imaginacion se enardecia con la idea de librar á su amigo; si

tú quisieses..... dudó algun tiempo, despues guardó silencio.

—Qué? preguntó Pedro, cuyos ojos relucian al pensar en la libertad.

Oh! no, respondió al punto Dolgorouki, tendrías todavía miedo á las disciplinas y á la palmeta.

—Vuelves á lo mismo? dijo Pedro con acento que indicaba el pesar.

—No, no..... pero quiero salvarte! y si quieres, nada será mas fácil.

—Qué quieres decir? preguntó Pedro con la mayor curiosidad, y llevando á su amigo al sitio mas reservado del cuarto en que se encontraba.

—Es menester dejar esta casa, continuó Dolgorouki en voz baja; mi padre me ha asegurado que si tú llegases á conseguir escapar de aquí, serías recibido con aclamacion en la capital del imperio. El Senado está de tu parte; las mismas guardias no titubearían en sostener á su amo.

—Dejar esta casa! dijo Pedro reflexionando.

—Dudarías intentarlo? preguntó su amigo, que parecia temer y desear la respuesta del Czar.

—Dudar! me crees, pues, un niño cobarde y sin energía? Dudar cuando vislumbro la libertad por premio de mi valor..... Lo haré, lo intentaré todo; y aunque me cueste la vida, no quiero que se me pueda comparar, como tú acabas de hacerlo, á esos reyes holgazanes.... Cuando partiremos?

Dolgorouki se abrazó del principe con las señales de la mas grande amistad.

—Así es como me gusta verte! exclamó con entusiasmo; ahora no se trata mas que de tomar nuestras medidas para conseguir escaparnos. Nosotros somos solo unos niños; pero procuremos que se pueda decir de nosotros: se han conducido como hombres.... Primero....

—Escucha.... dijo Pedro interrumpiéndole de pronto, alguien viene, cállate.

Un oficial de guardias entró entonces, y anunció al jóven Czar que el ministro vendría á visitarle al otro dia. Despues, habiendo saludado al principe, que lo recibió con mas dignidad que podría esperarse de un niño de su edad, el oficial salió del cuarto.

—Y bien! dijo Dolgorouki luego que se retiró el oficial, esperaremos esta visita?

—No, respondió Pedro, es preciso que mañana cuando venga aquí busque en vano, y que encuentre á su señor cuando entre en San Petersburgo.

El rostro enfermo tenia entonces tal expresion de entusiasmo, que era hermoso, y estaba animado.

—Es, pues, preciso que esta noche se verifique nuestra eva-



sion. Una escolta perteneciente á mi familia, y que me ha traído, nos esperará mañana al romper el día á alguna distancia de esta habitacion, y entraremos en triunfo en San Petersburgo.

Bien decididos á la fuga los dos niños, solo se trató de ponerla en ejecucion con la prudencia posible. Era sobre todo preciso no despertar las sospechas de los guardias, á los cuales estaba confiado el príncipe; por lo mismo los dos niños pasaron toda la noche conferenciando. A media noche, sin embargo, Pedro se rindió al sueño; pero Dolgorouki no dormia, y cuando vió los primeros albos que anunciaban el día, despertó á su amigo.

—Vamos, le dijo, levántese V. M.: su pueblo le espera para saludarle en la capital.

Pedro se levantó al punto. En un momento uno y otro estaban dispuestos, y bajando de puntillas, sin atreverse á respirar, llegaron á los jardines. Los guardias estaban dormidos, y nadie pensó en hacer oposicion á la fuga, que se verificó sin el menor contratiempo. Al cabo de algun tiempo se encontraron rodeados de la escolta que los aguardaba, y desde aquel momento no fué dudoso el éxito de su empresa.

Pocas horas despues habia llegado Pedro II, por caminos extraviados, hasta San Petersburgo, donde habia sido recibido por las aclamaciones de las guardias y de la multitud. Luego que pasó el primer momento de sorpresa, y que quedó el Czar instalado en su habitacion imperial, Dolgorouki, que acababa de tener una larga entrevista con su padre, se presentó ante el príncipe. Todo habia cambiado en el tono y en las maneras del jóven favorito. No era ya el compañero de niñez de un niño como él, era el amigo de un príncipe, y se presentó respetuosamente.

—Abrázame, pues, le dijo Pedro al punto que le vió; nos hemos salido con nuestro proyecto.

—V. M. no ha hecho aun todo lo que debe hacer para librarse.

—¿Qué significa ese lenguaje? preguntó el príncipe admirado.

—Este es el lenguaje que conviene tome todo súbdito del emperador, aunque sea este súbdito su amigo.... Pero hé aquí lo que le queda que hacer á V. M.... Mientras Menciaff esté en San Petersburgo será temible; el medio único es desterrarle.

—Sí, lo desterraré, respondió Pedro; pero con una condicion, y es que tú y los tuyos ocupareis su lugar.

—Yo y los míos estamos prontos á morir por V. M.

Mientras esto pasaba, Menciaff habia llegado á la casa de recreo en que creia encontrar al Czar. Nada puede compararse á su admiracion, y no viéndole allí nada comparable á su despecho, cuando al llegar á San Petersburgo encontró la orden imperial que lo desterraba á la magnífica tierra de Resmemburgo.

Marchó; pero no debia detenerse tan pronto. Nuevas ór-

denes lo dirigieron hácia la Siberia. No os diré todo lo que tuvo que sufrir despues de haber sido poderoso. Grandes fueron las desgracias de este hombre, juguete de la fortuna.

Y ahora, si os ha interesado algo la narracion de los sucesos de estos dos amigos, debería detenerme, porque no me será posible decir que el reinado de Pedro II ha sido largo y glorioso, y que Dolgorouki ha gozado durante largo tiempo de la posicion que le habia dado su amigo el Czar, á pesar de todo el deseo que tendria de no causaros pena, esto no me será posible, porque si yo lo hiciese, la historia, que no miente jamás, ó mas bien, que no debe mentir, se levantaría ante mí, y me acusaría de falsedad: ¿no es así, amigos míos? Bien veis que no debo exponerme á ello, y que es menester que os diga la verdad, sea cual fuere. Sin embargo, lo diré en pocas palabras, porque no quiero dejaros mucho tiempo en medio de las crueldades que ejercian en esta época los que llegaban al poder contra los que lo dejaban.

Tres años despues de lo que os digo, el 20 de enero de 1730, murió Pedro II de las viruelas, á la edad de quince años. Antes de su muerte, habia tenido el consuelo de estrechar todavía una vez mas la mano de su amigo, y pensar que lo dejaba dichoso y poderoso. Ay! ¿qué es lo que esto debía durar?

Inmediatamente despues de la muerte de Pedro, los Dolgoroukis hicieron subir al trono una princesa que no tenia el derecho mas inmediato al imperio. Esperaban que por esto mismo sería mas reconocida para con ellos. Quedaron burlados en sus esperanzas. La emperatriz Ana, duquesa de Courlandia, apenas fué proclamada Czarina, pensó en deshacerse de los Dolgoroukis, cuyo poderío temia. Habia en esta época en la corte de Rusia dos hombres igualmente ambiciosos, el conde de Munich, que se habia ya distinguido en tiempo de Pedro el Grande, y Biren, á quien la emperatriz Ana habia traído consigo del centro de la Coutlandia. Estos dos hombres no tardaron en destruir la fortuna de los Dolgoroukis; y muy en breve una órden llegó á los últimos, una órden que los enviaba á construir chozas en la Siberia al lado de Menciloff. El antiguo ministro acababa de morir, y no pudo ver á los autores de su desgracia llegar como él al término fatal del poder. El de Biren se aumentó con detrimento de el del conde de Munich, su antiguo aliado, y su crueldad fué á buscar los Dolgoroukis en el centro de su destierro. Siete de estos príncipes murieron miserablemente por la mano del verdugo, y los tormentos y la cuchilla acabaron con esta familia, antes tan poderosa.

Munich y Biren tuvieron su turno, y la Siberia los vió tambien llegar desterrados; porque parecia que este lugar de tristeza fuese entonces el retiro forzoso de todos los que habian ejercido el poder.



## VIAJE A LA LUNA.

Una noche de otoño D. Felipe Arriaga se hallaba en su gabinete con sus dos hijos, Eugenia, que tenía catorce años, y Victor, que solo contaba diez. Este último, despues de hablar de mil cosas, dió como gran novedad la noticia de que había un instrumento con cuyo auxilio se puede pintar sin maestro, y Eugenia exclamó:

«Bah! eso es tan viejo como la luna.

—La luna es en efecto muy vieja, saltó D. Felipe; cuando menos tanto como la tierra, quizá mucho mas, pero no por esto es mas conocida.

—Y probablemente, dijo Eugenia, nunca lo será mas.

—¿Quién sabe?

—¿Qué dice V., papá?

—Querida hija, si hubiesen dicho á nuestros padres cuando eran jóvenes que algun dia ciertos atrevidos novadores se remontarían en los aires conducidos por una especie de barco; que pasarían así por cima de las poblaciones, bosques, mares y las mas elevadas montañas; si les hubieran hablado de carruages sin caballos que habian de andar quince ó veinte leguas por hora, de seguro habrian tenido esto por cuentos de brujas, y sin embargo, todo ello existe.

—Es decir, papá, qué V. cree llegará á saberse lo que pasa en la luna?

—Creó que ya se sabe alguna cosa, y pienso no es imposible que se sepa mas. Mientras esto no sucede, bueno será que esta noche hagamos un viaje á ese pais que tú crees tan desconocido.

—¡Un viaje á la luna! exclamaron al mismo tiempo los dos niños con aire medio alegre medio incrédulo.

—Sí, un verdadero viaje, que no nos cansará mucho, aunque tenemos que examinar volcanes, que subir montes de prodigiosa elevacion, y atravesar llanuras inmensas. Pero antes de ponerse en camino, siempre es bueno tener algunas nociones del pais á que se dirige uno.

Debo pues deciros ó recordaros que la distancia media de la tierra á la luna es de cerca de ochenta mil leguas; su diámetro es casi la cuarta parte del de la tierra, y su volumen la cuadragésima novena parte de esta última. Tiene un movimiento de rotacion igual á su movimiento de revolucion, de suerte que siempre presenta á la tierra la misma faz: con todo, sabido es que muestra algunas veces algo menos, como si tuviera un ligero vaiven, lo cual se llama *ciclo ó edad de oro*.

Es el primer año del ciclo cuando su *Noemia* ó luna nueva

cae el 1.º de enero. La luna tiene siempre vuelta hácia el sol la parte luminosa; así en su movimiento en redor de la tierra, como que permanece fija sobre su eje, y solo tiene un leve movimiento de *libración* ó balance, debe tener, por espacio de trece ó catorce de nuestros días, cada una de sus fases y hemisferios sucesivamente alumbrados y sumergidos en las tinieblas; pero durante las largas noches la tierra la envía bastante luz para que este reflejo, que se llama *luz cenicienta*, sea perceptible sobre todo su disco en las lunas nuevas.

La luna, despues de haber desaparecido tres ó cuatro días (es la luna nueva), por la noche vuelve á aparecer en el occidente despues de ponerse el sol, bajo la forma de creciente. Continuando su marcha hácia el oriente, como se aleja del sol, la parte alumbrada nos parece cada vez mayor, y se convierte á nuestra vista en un semicírculo, cuando llega á noventa grados del sol, que es el primer cuarto.

Siete ú ocho días despues, aparece redonda y llena; á la media noche pasa al meridiano, y entonces es luna llena. Se vé en seguida que la parte alumbrada disminuye de la misma manera que se ha aumentado, y que se convierte en un semicírculo; entonces es el último cuarto. Luego, á medida que se acerca al sol, se la vé reducirse á creciente, y perderse en los rayos de este astro para volver á aparecer al otro lado algunos días despues, y presentar los mismos fenómenos.

Ahora, hijos míos, que hemos recapacitado las nociones generales que se poseen acerca de este país, vamos á penetrar en él con osadía, seguidme.»

Dichas estas palabras, Arriaga se levantó, y subió al piso mas alto de la casa, donde tenia un bonito observatorio: cuando los tres se hallaron allí, flechó un soberbio telescopio hácia la luna, que estaba entonces en su plenilunio, y los dos niños aplicaron uno despues del otro su ojo derecho á la extremidad inferior de aquel largo tubo.

«Os prevengo, dijo D. Felipe, que entramos en este país por el sud: desde luego nos encontramos, como veis, junto á un enorme volcan, cuyo inmenso cráter está situado á mas de legua y media de distancia sobre el suelo, y tiene muchas leguas de circunferencia. Con un instrumento mas fuerte que el que nos sirve en este momento, podriais ver los torrentes de fuego que este golfo lanza á prodigiosa altura: Cassini y Herschel, dos astrónomos célebres, afirman haber visto distintamente, no solo las columnas de llamas que salen casi constantemente por este cráter, sino tambien los negros torbellinos de humo que exhala, y los torrentes que vomita; ademas han visto salir de pronto montañas, y aplanarse otras....

Pasemos esa elevada cordillera: ya estamos en los bordes de



un abismo que no tiene menos de tres mil toesas de profundidades y seis leguas de anchura. Creían los antiguos astrónomos que este abismo, y algunos otros que lo cercan, eran mares y lagos; pero despues se ha conocido que solo eran profundos valles donde no penetra la luz del sol. Todos estos golfos habian recibido nombres, como el mar de los *Humores*, el mar de *Nectar*, el mar de *Serenidad*, etc.: pero ya hoy se sabe que estos pretendidos mares no tienen agua.

—Papá, veo perfectamente todo esto, dijo Eugenia; pero supuesto que es la luna una tierra como la nuestra, ó casi lo mismo, salvo la dimension, debe tener habitantes, y yo no los veo.

—Tal vez, hija mia, consistirá esto en nuestros ojos, que son harto débiles, ó en nuestros instrumentos de óptica, que están muy lejos de ser perfectos: por eso acerca de esto tenemos que acudir á las conjeturas.

Supongamos que jamás haya habido relaciones entre Madrid y Carabanchel, y que un habitante de Madrid, que jamás haya salido de la corte, suba á la torre de Santa Cruz, y vea á Carabanchel desde lejos: si se le preguntase si cree que Carabanchel esté habitado como Madrid, responderá al momento que no; porque dirá, yo veo bien á los habitantes de Madrid, pero á los de Carabanchel no los veo, y nunca se ha oido hablar de ellos. Aunque haya alguno que le haga presente que si desde la torre de Santa Cruz no se vé á los habitantes de Carabanchel, esto consiste en la distancia; que todo lo que se puede ver de Carabanchel se parece mucho á lo de Madrid; que Carabanchel tiene campanarios y casas, y que podría muy bien para parecerse en todo á Madrid estar habitado; todo esto no influiria en nada en nuestro hombre, que se obstinará siempre en sostener que Carabanchel no está habitado, porque á nadie vé. Nuestro Carabanchel es la luna, y nosotros somos el madrileño que nunca ha salido de su patria.

Hay ocho ó diez años que algunos astrónomos alemanes, con el auxilio de excelentes instrumentos, pretendian haber visto en la superficie de la luna bosques y aun poblaciones con fuertes murallas. Desgraciadamente otros sábios oponen á estas ingeniosas conjeturas un argumento que al parecer no tiene réplica; cual es que la luna carece de atmósfera, y de consiguiénte de agua, de aire, de vejecacion, en una palabra, de vida. Pero tal vez en su oríjen sucedia lo mismo á la tierra, como lo asegura Buffon: ¿está equivocado ó acierta en sus cálculos?....

## HISTORIA SAGRADA.

### SABIDURIA DE SALOMON.

#### La Reina de Saba.

Algun tiempo despues, el Señor se apareció á Salomon, y le dijo:

—«He escuchado tus oraciones, santificando la casa que has edificado para que mi nombre sea honrado en ella eternamente. Si sigues el ejemplo de tu padre, y ejecutas religiosamente mis leyes, estableceré tu trono y tu reinado en Israel, como lo ofrecí á tu padre.

«Pero si tú y tus hijos olvidais los sentimientos que debeis conservar; si abandonais mi culto para servir y adorar á dioses extraños, exterminaré á los israelitas, arrojándolos de esta tierra que les he dado, y no haré caso de ese templo consagrado á mi gloria. Entonces se convertirá Israel en objeto de burla para todos los pueblos.»

Salomon, á quien Hiram enviaba las maderas de cedro y de pino y el oro que necesitaba, le recompensó dándole veinte poblaciones que había hecho levantar. La reputacion del sabio Salomon se extendia hasta lejanas tierras, y como los viajeros contaban en todas partes las maravillas que ejecutaba en nombre del Señor, muchos extranjeros iban á admirar los grandiosos monumentos alzados á la gloria de Dios.

La Reina de Saba cedió al deseo que habia concebido de ir á la corte de aquel príncipe, y dejando sus estados llegó á Jerusalem, en cuya ciudad entró con gran acompañamiento y rico equipaje, compuesto en su mayor parte de camellos cargados de perfumes, oro y piedras preciosas.

Se presentó al rey, y le rogó la explicase ciertas cuestiones oscuras y enigmáticas. Salomon, con la ayuda de su profunda ciencia y de su gran sabiduría, la satisfizo en cuanto preguntó.

La reina le dijo:

—«Cuanto me habian dicho de vuestra sabiduría es verdad: y si antes no habia podido creerlo, ahora no me queda duda alguna. Dichosos vuestros servidores que gozan sin cesar de vuestra presencia, y escuchan vuestras palabras!

«Bendito sea el Señor vuestro Dios que os ama, y os ha dado la justicia y la equidad con las cuales se debe gobernar á los pueblos!»

La reina de Saba dió al rey una cantidad enorme en oro, per-



fumes y piedras preciosas, tal como nunca se habia visto en Jerusalem.

Salomon la hizo tambien regalos de valor, con los cuales se dirigió á sus estados la ilustre viajera.

Como veis pues, Salomon era el monarca mas rico y mas poderoso de toda la tierra, y además tenia la ciencia y la sabiduría que proviene de Dios.

Cuando se vió en tal altura, el orgullo se apoderó de su razon, y olvidó lo que habia prometido al Señor.

Siguió malos consejos, y desdeñando el culto del verdadero Dios, elevó templos á los ídolos y á extraños dioses.

El señor le dijo:

—« Puesto que obras de esta manera, y olvidas lo que me has prometido, destruiré tu reino, dividiéndolo y dándolo á uno de tus servidores. Gracias á David, tu padre, no haré esto mientras vivas, sino cuando tu hijo empuñe el cetro, pues solo tendrá poder sobre una tribu.»

Desde entonces suscitó Dios á Salomon muchos enemigos, siendo uno de ellos un hombre fuerte y poderoso llamado Jero-boan, á quien el rey habia dado la intendencia de los tributos de toda la casa de José.

Rebelóse contra Salomon, el cual quiso darle muerte; pero el insurrecto huyó á Egipto, descendiendo Salomon á la tumba despues de un reinado de cuarenta años.

## EL JOVEN Y EL RUISEÑOR.

### Fabula.

Yo conocí á un mancebo

Que horas enteras pasaba

Ante un rosal muy bonito

En el jardin de su casa.

Mas qué mucho si el rosal,

Mecido por dulces auras,

Lindas rosas ofrecia

Al jóven cada mañana?

Un domingo levantóse

El mancebo con el alba,

Dirigiéndose al jardin,

Llena de placer el alma.

Pero al llegar al arbusto

Se afligió, porque ¡oh desgracia!

La mejor rosa habia sido

Por un pájaro picada.  
«Esas tenemos? gritó  
Nuestro amiguito en voz alta;  
Yo daré al insolente  
Una lección de crianza!»

Dicho y hecho: tendió un lazo,  
Y una avecilla cuitada  
Cayó en manos del cruel,  
Pasando luego á una jaula.

Un canoro ruiseñor  
Era la avecilla incauta,  
Y con su dulce lenguaje  
Hizo que al fin lo soltara.  
Entonces, reconocido,  
El ruiseñor dijo: «gracias;  
Tan generosa conducta  
Es muy digna de alabanza,  
Y en pago de ella te advierto  
Que debajo de tus plantas  
Hay un tesoro escondido  
De duro fierro en un arca.»

Al punto coje el mancebo  
Del jardinero la hazada,  
Rompe la tierra afanoso,  
Y el rico tesoro halla.  
Después de mirar ufano  
El aureo metal, exclama:  
«Estoy dormido ó despierto?  
Es mía fortuna tanta?....  
Mas cómo bajo la tierra  
Tus ojos á ver alcanzan,  
Y no puedes descubrir  
El lazo que te preparan?

«Yo te diré,» respondió  
Con su lengua almibarada  
El habitante del bosque,  
Batiendo alegre sus alas.  
«Muchos hay que por descuido,  
Y quizá por ignorancia,  
Ni los peligros conocen,  
Ni de los lazos se escapan.  
Mas suele la gratitud,  
Si su corazón asalta,  
Iluminarlos de pronto  
Con su antorcha pura y clara.»

TENORIO.